

JUNTO a la ladera entre pinos y chopos, crecía una yerba exuberante. Desde la altiplanicie una vasta panorámica bosquejaba los alrededores de la capital. Un día el escenario se llenó de dolor, de gritos de sangre. La dialéctica implacable de las balas cubrió de estruendo la serena placidez de la llanura. Salvajemente, indiscriminadamente, sin la menor posibilidad de apelación ni la más insignificante concesión a la dignidad humana, la sangre de diez mil hombres y mujeres de España cubrió de rojo la hojarasca amarillenta de otoño, de aquel otoño glorioso del 36. Era —allí, junto a la ladera— en Paracuellos del Jarama. Era un delegado de Orden Público, dirigente de las Juventudes Comunistas, llamado Santiago Carrillo. Era el flujo permanente de una Patria que prefería morir de pie antes que vivir de rodillas.



Al término del discurso de Gullón Walker, los asistentes cantan el Cara al Sol.



Numerosas excautivos y excombatientes llenaban la Iglesia de San Manuel y San Benito durante el funeral por los caídos de Paracuellos. En primer término, José Antonio Girón.

UN SIMBOLO

El comunismo descubría sus métodos. Aquellos millares de españoles, de todas las condiciones sociales, del más variado origen, de la más diversa procedencia, fueron prueba contundente, con su sacrificio, de la auténtica fisonomía del marxismo. Su holocausto, sin embargo, constituyó la prueba más contundente de la farsa mediante la cual se pretendía imponer a España la dominación de una potencia extranjera. Al grito y al recordatorio de Paracuellos de los Mártires millares de soldados encontraron fuerzas y espíritu para recomenzar la batalla aún cuando el combate pudiera parecer irremisiblemente perdido. Era la fuerza moral que otorga el servicio a una idea justa, cierta, verdadera.

Evocando el esfuerzo, medio millar de personas celebraron ayer en la Iglesia de San Manuel y San Benito un solemne funeral. Entre familiares de las víctimas de aquella luctuosa jornada, excombatientes y excautivos, se encontraba José Antonio Girón, presidente de la Confederación Nacional de Combatientes. A la salida, al término de las notas del Cara al Sol, los asistentes corearon su nombre con la emoción y el calor de quienes le saben su jefe.

ORACION Y RECUERDO

Más tarde, en el escenario de la masacre, se repitieron las escenas profundamente emotivas y patrióticas. Familiares y allegados esparcían flores sobre las fosas comunes donde fueron enterrados los mártires. En la capilla, el Padre Díaz Bueno rezó un responso. A su término, Antonio Gullón Walker, presidente de la Hermandad Nacional de Excautivos, pronunció un breve parlamento, en el que dijo:

DISCURSO DE GULLON

Cuando parece que están a punto de proclamar héroes nacionales a los responsables de los asesinatos de Paracuellos del Jarama, venimos aquí a proclamar nuestra fidelidad al mandato de los muertos. Por ello, mi consigna en esta conmemoración de hoy es bien clara y terminante. Recordar, recordad siempre. Que muchos son flacos de memoria, o están envenenados por la propaganda marxista, o son medrosos y claudicantes. Ahora más que nunca es necesario que el recuerdo no se esfume y aprisionarlo contra el pecho a la altura del corazón para recibir fuerza de conducta y norma inmovible. Es ahora en este paisaje de Paracuellos, que se estremeció con los gritos de ARRIBA España y Viva España, cuando debemos recordar no sólo para reafirmarnos en nuestras ideas, en nuestros afanes de servicio, sino también para deducir las oportunas consecuencias. Por ello, proclamamos que la sangre de los que cayeron por Dios y por la Patria, no consienta el olvido, la esterilidad, ni la traición. Y por ello, y con ellos, al igual que lo hicieron nuestros gloriosos caídos, en el supremo trance de su muerte damos nuestro grito de alerta.

Cuando se dinamita la historia y las conciencias; cuando se dá marcha atrás y se implanta como norma imperativa el borrón y cuenta nueva, nosotros volvemos a recordar con-

vencidos que la evocación ha de servirnos a los españoles de enseñanza, de lección, para que tan terribles matanzas como ésta de Paracuellos, jamás se repitan, adoptando, al respecto, cuantas medidas correctoras sean precisas para lograr la total erradicación de una vez para siempre, de esos crímenes que ensombrecen la historia de la humanidad.

Recordar siempre y no por una complacencia malsana, en unos hechos luctuosos; recordar si porque todo lo que sea olvidar el sacrificio de nuestros mejores, será tanto como una traición a la patria y una falta a nuestra propia estimación.

PERDONAR, PERO NO A LOS INSTIGADORES

Es probable que se tachen mis palabras de inoportunas y carentes de caridad, que se nos diga que van en contra de la convivencia nacional, que en aras de esta reconciliación debemos postergar sentimientos que, por otra parte, están opuestos a nuestra creencias religiosas. Y mi contestación es un rotundo no. Perdonar sí, que ya lo hicieron nuestros caídos, perdonando a los autores materiales de su muerte cuando cayeron por las ráfagas de las ametralladoras; perdonar sí, a los autores directos del crimen, pero nunca a sus instigadores porque el hacerlo sería como volver a poner los jalones que irremisiblemente nos llevaría a la repetición de otros

hechos igualmente sangrientos, y rechazar para siempre como algo inalcanzable, la concordia de los espíritus y la convivencia entre los españoles.

Si siguiéramos el ejemplo de esa Europa tan admirada e imitada, demandaríamos para ellos, los responsables o instigadores de estos asesinatos, la persecución más implacable, incluso más allá de nuestras fronteras y el castigo más severo, cual corresponde a ese terrible crimen que es el genocidio. Nosotros no sacamos a colación preceptos legales ni textos doctrinales para alegar la falta de prescripción, pues está en la conciencia de todo buen español; entendemos que sus actos fueron tales, por su envergadura y maldad, que no se merecen siquiera el reposo definitivo de la muerte; nuestro castigo no puede ser otro que rechazarles de la comunidad de los hombres de bien y decirles que las puertas de la patria les están cerradas para siempre, que España les repudia.

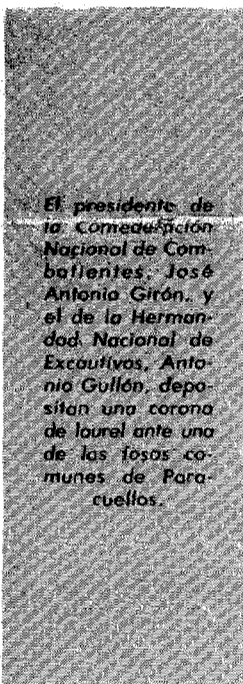
Frente al muro del silencio y el olvido alzamos el recordatorio de nuestras voces como testimonio de fe y lealtad, y como repulsa de determinadas actitudes lenitivas. Cumplamos hoy con el deber de cristianos elevando nuestras oraciones conmovidas en sufragio de las almas de nuestros mártires y pidamos su intercesión ya que están con el Señor, para que no decaiga en nosotros el ímpetu y la fe frente a los enemigos de España.

Presidido por José Antonio Girón, XL aniversario de la matanza de Paracuellos

FIDELIDAD AL MANDATO DE LOS MUERTOS

(Gullón Walker)

- "Proclamamos que la sangre de los que cayeron por Dios y por la Patria no consiente el olvido, la esterilidad, ni la traición".
- "Frente al muro del silencio y el olvido alzamos el recordatorio de nuestras voces como testimonio de fe y lealtad".



El presidente de la Confederación Nacional de Combatientes, José Antonio Girón, y el de la Hermandad Nacional de Excautivos, Antonio Gullón, depositan una corona de laurel ante una de las fosas comunes de Paracuellos.

UNA ESPERANZA

Finalizada su alocución, Gullón Walker pronunció los gritos de ritual. Los asistentes subrayaron las aclamaciones con vivas a Franco y a José Antonio exigiendo responsabilidades a Santiago Carrillo como ejecutor de una matanza que todavía no ha prescrito en la mente y el sentimiento de millones de españoles. Excombatientes y excautivos —y

jóvenes falangistas— despiden a Girón con afecto, con cariño, y con respeto. Termina la mañana ineluctablemente entre las tumbas, entre el recuerdo vivo de los familiares perdidos y la justa esperanza por un mañana distinto, y esperanzador, en donde no tenga asiento la torva amenaza del disparo ni el estilete traidor de la coacción.

JASA
(Fotos Tanisfer).